

maravilloso y secreto sirve para expresar el modo en que "la incalculable y enigmática realidad" debe obedecer a la necesidad del arte.

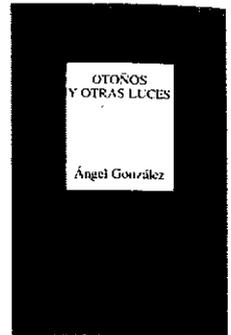
Pues aunque si se mira de una manera práctica pudiera resultar completamente inútil, la función de la literatura en todos los tiempos ha consistido en alimentar la imaginación, en permitirnos ver, al colocar las piezas en correspondencia con las operaciones recónditas de la magia y del sueño, lo que no hemos visto por pereza e incapacidad. "La visión instantánea que nos hace descubrir lo desconocido en el corazón mismo de lo inmediato"

Sólo el que conoce, como Carlos Edmundo de Ory, profundamente las reglas puede transgredirlas y crear nuevas formas en el arte. Este medio siglo de creación, en esta faceta menos conocida de su escritura, debe servir, cara a las nuevas generaciones, no sólo para descubrir a un autor imprescindible sino también para, a través de su lectura, ejercitar la admiración y la reconciliación con la literatura más pura, con ese extraño arcaísmo de contar historias gracias al cual el ser humano ha sobrevivido. No tiene nada de raro que así suceda, pues como nos ha dicho Augusto Monterroso, "las leyes del mercado son inexorables, y no somos los escritores de cuentos, ni los poetas -hermanos en este negativo destino- quienes vamos a cambiarlas. Pero, como decía el Eclesiastés, refiriéndose a la Tierra, generación va y generación viene, mas el cuento siempre permanece".

José Manuel García Gil

Ángel González *Otoños y otras luces*

Barcelona, Tusquets, 2001.



Fue el propio Ángel González (Oviedo, 1925) quien, en el prólogo a su autoantología *Poemas* (1980), explicó que su voz, a partir de unos temas constantes (la problemática del sujeto inscrito en la historia, el tiempo y el deseo), surgió del existencialismo (*Áspero mundo*, 1956) para adscribirse luego (desde *Sin esperanza, con convencimiento*, 1961, hasta *Tratado de urbanismo*, 1967) a la poesía social tal como la cultivó su generación, que se diferencia de la anterior en que no concibe la poesía como forma simple y directa de comunicación sino como forma compleja de conocimiento que se vale de la ironía para burlar la censura y distanciarse de la propia subjetividad. Si hasta aquí había confiado en el poder de la poesía para incidir de alguna manera en la realidad, luego le sobrevino una crisis de fe en la eficacia de la palabra que le llevó, en la época del tardofranquismo (y de los novísimos) a una poesía (o "antipoesía") mucho más irónica, paródica, humorística, que experimentaba con el apócrifo (aunque lejos de esteticismos delicuescentes y de irracionalismos surrealistas) como si necesitase jugar con lo que antes se había tomado tan en serio (y que sin duda aún le preocupaba seriamente). Esta actitud presidió sus libros desde *Breves acotaciones para una biografía* (1969) hasta *Prosemas o menos* (1985),

pero el poeta se dio cuenta de que en ellos estaba ya el germen de lo que (siguiendo a Víctor García de la Concha) definiría su siguiente y tercera etapa: un tono elegíaco relacionado con la circunstancia de la vejez. Este tercer ciclo, iniciado con *Deixis en fantasma* (1992), es el que de momento culmina en *Otoños y otras luces*, un libro anticipado en sucesivas antologías: *Luz, o fuego, o vida* (1996), *Lecciones de cosas y otros poemas* (1997) y *101+19=120* (2000).

Si comparamos los diecinueve poemas que aparecían en la sección de "Inéditos" de *101+19=120* con el diseño definitivo de estos *Otoños...*, salta a la vista que el poeta ha prescindido de los más humorísticos y cívicos (los de "Fragmentos" y "Papeles viejos") para vertebrar una meditación sobre la vida ante la perspectiva del acabamiento, retornando a sus primeras lecturas simbolistas (Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez) en un libro que gravita en torno a la imagen del otoño, cifra y paisaje de un alma consciente de la inminencia del final.

Más allá de la belleza de los poemas, destaca en *Otoños...* la construcción del conjunto en cuatro partes que diseñan una peripecia con sentido. En primer lugar, los siete textos del apartado "Otoños" establecen el punto de partida del sujeto poético, que vuelve a ser (como en su primera etapa) claramente autorial: una percepción del declive vital ("ha pasado/ un ángel/ que se llamaba luz, o fuego, o vida./ Y lo perdimos para siempre"); una sensación de confuso naufragio en un tiempo circular que le viene de lejos ("Con un escalofrío repentino,/ y temor, y nostalgia,/ evocamos entonces/ la verdad fría y desnuda de un invierno/ no sé si ya pasado o por venir"); un esta-

do de desamor y tristeza; un desolado sentimiento de vacío ("Como si al mundo entero/ una nevada súbita/ lo hubiese recubierto/ de silencio y blancura"). A partir de aquí, sin embargo, la constatación del ocaso se mezcla con la afirmación de un resto de vida ("piadosa moratoria que la tarde concede/ a la débil penumbra que aún me habita") y un poso de memoria: en principio memoria "de días más luminosos y clementes", pero enseguida machadiana evocación de "un gris galgo de frío" que es la quintaesencia de un tiempo de guerra y de posguerra nunca olvidado. El final de esta primera parte insiste en el sentimiento de alienación con acentos inequívocamente juanramonianos:

Quién es el que está aquí, y dónde:

¿dentro o fuera?

(...)

Qué lejos siempre entonces ya de todo,

incluso de mí mismo;

qué solo y qué perdido yo,

aquí o allí.

A continuación se abren dos apartados que bien podrían significar, en el centro del libro, la iluminación del sentido profundo de la vida (y en esto la estructura del poemario guarda afinidad con el *Cuaderno de Nueva York* de José Hierro): de una parte, la pasión amorosa, condensada en los diez poemas de "La luz a ti debida"; de otra parte, la amistad constante más allá de la muerte, simbolizada en las cinco "Glosas en homenaje a C.R." - Claudio Rodríguez-. "La luz a ti debida" enriquece la poesía amorosa de Ángel González con una historia (real o inventada, lo mismo da) que ilumina (con su juego, su ternura, su arrebató, su dolor, su

melancolía) el significado del deseo de un hombre mayor por una adolescente:

Quise mirar el mundo con tus ojos
ilusionados, nuevos,
verdes en su fondo
como la primavera.

(...)

Y fuiste tú la que acabaste viendo
el fracaso del mundo con las mías.

Tras este esfuerzo por retener las últimas luces del deseo en un afán de lustración ("mientras aún es posible,/ mírame mirarte;/ mete todo tu asombro/ en mi mirada"), el homenaje a Claudio Rodríguez es un hondo perfil de quien para González significa también la perenne capacidad de asombro ante la maravilla del mundo, el afán de alentar en todo lo bello, luminoso, libre y puro. Y, aunque ese afán estuviese condenado a la desposesión, queda incólume en la palabra poética, "salvadora y salvada". De algún modo, toda la aventura de la poesía española del siglo XX se resume en este libro que se abre con acentos simbolistas ("Otoños"), sigue con un homenaje al 27 a través de Pedro Salinas ("La luz a ti debida") y aterriza en la propia generación del 50 (puente con la última poesía de la experiencia) a propósito de Claudio Rodríguez.

El libro se cierra con una cuarta sección, "Otras luces", que enlaza con la primera (premonición de la muerte) pero transmutada por la segunda y la tercera (memoria viva del amor), de manera que lo que en ella se afianza es una apuesta por la esperanza en un paisaje presidido por el amanecer: "Alba en Cazorla" es un canto a la luz después de la noche, pero no a la luz de un proble-

mático más allá, sino a la que emana del mundo:

Enigmática luz, tan clara y pura
que tan sólo se ve en lo que desvela.
¿De dónde viene ese esplendor creciente?
No es aún la luz la que ilumina al mundo;
el mundo iluminado es quien la enciende.

"Viejo tapiz" trae la memoria de la infancia "que corría/ tal vez hacia el espacio luminoso/ que urdían incansables/ las obstinadas manos amorosas" en un tiempo donde la tristeza estaba entretejida con la esperanza. "Aquel tiempo" dialoga con el poema anterior introduciendo un matiz de culpa y autodesprecio: a cambio "del más puro/ amor forjado/ en el dolor y la desesperanza", lo que hay hoy es un "envoltorio de bisutería", una alegría degradada, pagada con "las más sucias monedas: la traición, el olvido". "Versos amebeos", como su título insinúa, es una secuencia dialéctica: en versículos amargos y violentos que evocan los de *Hijos de la ira*, el sujeto poético cuenta primero los insomnios y pesadillas del remordimiento y el miedo que huyen de la luz, pero en la segunda parte se desdice para celebrar, con acentos de oración mariana, la luz del día:

Hágase hoy en mí tu transparencia,
sea yo tu claridad.
Y todo vuelva a ser igual que entonces,
cuando tu llegada
no era el final del sueño,
sino su deslumbrante epifanía.

Finalmente, el poeta que tanto había glosado a Heráclito descubre una perspectiva radicalmente diferente en "Dos veces la misma melodía":

Tranquilo, corazón, en tus dominios
-así como lo oyes-,
lo que fue sigue siendo y será siempre.

Éste es quizá el clímax de *Otoños y otras luces*: un clímax que canta a la permanencia esencial en un punto en que los círculos del tiempo (pasado, presente, futuro) convergen prodigiosamente armonizados. Es ésta una experiencia de plenitud análoga a la de T. S. Eliot en sus *Cuartetos*, a la de Juan Ramón Jiménez en *Espacio*, a la del Hierro de *Cuaderno de Nueva York*, si bien Ángel González la recrea en términos personales (lejos del panteísmo egocéntrico de Juan Ramón, de la cadencia oracular de Eliot, de la crispación pasional de Hierro), con un tono acaso epicúreo: que atempera la sacralidad del misterio con un acento humanamente, modestamente subjetivo. O, como decía Luis García Montero, con la voz "de un personaje moral cómplice y tierno". *Otoños y otras luces* se cierra en "Aquella luz" con un retorno a los últimos días del verano en que se inició esta meditación de una manera circular pero abierta: abierta a una esperanza que no es fe, sino humana voluntad de sobreponerse al miedo, a la angustia, a la nada, mientras quede una posibilidad de luz, de deseo, de vida:

Aquella luz que iluminaba todo
lo que en nuestro deseo se encendía
¿no volverá a brillar?

Hermoso libro éste de Ángel González, tan sobrio y delicado en la palabra que desenvuelve con difícil sencillez su honda reflexión sobre el tiempo cuando se acaba el tiempo pero aún fluye esa voz cálida y cercana que hace verdad de nuevo el verso de Eliot: *sólo en el tiem-*

po se conquista el tiempo (la más alta virtud de la poesía).

Ana-Sofía Pérez-Bustamante Mourier

Juan de Dios
Ruiz-Copete
Julio Mariscal:
El poeta y su obra

Diputación de Cádiz, 2000



Allá por noviembre o diciembre de 1999 vino a verme una tarde fría de domingo. En aquella sala de hospital, aséptica y altísima, me dio el abrazo que nos damos la gente de Arcos cuando nos vemos fuera de nuestro pueblo, se interesó por mi salud —a eso venía— y me regaló una novela de Benjamín Prado.

Juan de Dios Ruiz-Copete tiene un hablar pausado y algo triste, una voz lenta y lastimada pero cordial, amable, cautivadora y sincera. Se le nota en la voz que es un hombre que ha mentido muy poco en su vida. Juan de Dios y yo hablamos y hablamos, sin parar, avaramente, mientras la tarde se apagaba tan demasiado pronto por culpa de la época del año, época de postrimerías y amagos de villancicos y caridades oficiales. Hablamos de *Julio Mariscal*, lógicamente, y me contó ilusionado que ya había terminado el libro sobre su vida y su obra, que ya estaba el texto en Diputación y próximo a salir. Es emocionante ver a un hombre de setenta años ilusionado, y yo, aunque no